

MIQUEL GIMÉNEZ

OPERACIÓN  
BARCELONA  
MATAR A HITLER



MIQUEL GIMÉNEZ

*Operación Barcelona:  
matar a Hitler*

NOVELA

SEKOTIA

© Miquel Giménez, 2023

© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2023

Primera edición: julio de 2023

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • NARRATIVA CON VALORES

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

Maquetación y corrección: Helena Montané

[WWW.SEKOTIA.COM](http://WWW.SEKOTIA.COM)

[info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

EDITORIAL ALMUZARA

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3, 14005 - Córdoba

Imprime: Liberdúplex

ISBN: 978-84-18414-76-3

Depósito legal: CO-1097-2023

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*A Elena, como siempre*

# Índice

AGRADECIMIENTOS.....	13
PRIMER ACTO	
OBERTURA CUBANA .....	17
1. EL ENCARGO.....	26
2. EL PLAN.....	33
3. WASHINGTON.....	42
4. CITA EN BARCELONA .....	51
5. COMIENDO CON FRANCO.....	62
6. EL CABARÉ.....	71
7. ARGUMENTACIONES.....	78
8. LÁZARO, RESUCITA .....	87
9. BAILE EN LA EMBAJADA.....	96
10. A SCHELLENBERG NO LE GUSTAN LOS UNIFORMES.....	106
INTERMEDIO EN BERCHTESGADEN	
EN LA RESIDENCIA DEL FÜHRER.....	117
SEGUNDO ACTO	
1. LEALTADES .....	127
2. ¿QUIÉN SABE LO QUE PIENSA FRANCO? .....	137
3. DOBLE AGENTE .....	148
4. UNA VELADA EN BIARRITZ.....	155

5. EL CORAZÓN DE BARCELONA ES NEGRO COMO EL CARBÓN .....	168
6. CENA EN FAMILIA .....	178
7. EL VIOLÍN DE HEYDRICH .....	188
8. ORFEO Y EURÍDICE .....	199
9. INTERROGANDO A UN ESCÉPTICO .....	208
10. SCHELLENBERG, ROSSELL Y QUERALT .....	217

#### INTERLUDIO EN WASHINGTON

#### TERCER ACTO

1. SALVÁNDOLE EL CULO A SCHELLENBERG .....	239
2. EL DOCTOR LLOBET .....	247
3. UNA CORDIAL INVITACIÓN .....	257
4. EN EL CORAZÓN DE LA BESTIA .....	266
5. LOS PREPARATIVOS .....	276
6. EL ARMA DEFINITIVA .....	286
7. UNA REUNIÓN DE PLUTÓCRATAS .....	295
8. EL ENTIERRO DE UN PATRIOTA .....	306
9. TIEMPO DE FÜHRER .....	315
10. HA LLEGADO EL ÁGUILA .....	326
ENTREACTO EN ALTA MAR .....	337

#### CUARTO ACTO

1. UNA TAZA DE TÉ CON HITLER .....	347
2. SCHELLENBERG DEBE MORIR .....	356
3. DE LO CONOCIDO A LO INESPERADO .....	366
4. LA ACUSACIÓN .....	375
5. LA MUERTE DE SIGFRIDO .....	383
6. UNA CRISIS DE CONCIENCIA .....	391

#### ÚLTIMO ACTO

EL ONCE DE SEPTIEMBRE .....	403
EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS .....	412
EPÍLOGO EN LA HABANA .....	419

*En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército franquista,  
la insurrección ha terminado. La paz reina en todo el territorio  
nacional al que se han incorporado gracias a nuestras invictas  
tropas hispano-germanas  
Portugal, Gibraltar y el norte de Marruecos.  
¡Arriba España! ¡Heil Hitler!*

Firmado en el cuartel general del Generalísimo,  
Agustín Muñoz Grande

*Declaro a Cataluña Protectorado del Reich poniendo  
en manos del Führer Adolf Hitler su destino como parte de  
la gran comunidad aria europea.  
¡Visca Catalunya Lliure! ¡Heil Hitler!*

Firmado: el Reichsprotektor de Cataluña,  
SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich

*Cuando se inicia una guerra no importa tener razón,  
lo que importa es ganar.*

Adolf Hitler

## AGRADECIMIENTOS

Aunque la labor de quien escribe es quizá la más solitaria que existe, forzoso es manifestar el agradecimiento del autor a todas aquellas personas que han ayudado a que ese acto íntimo pase a público en forma de libro.

Agradezco a los autores que me han precedido de manera insuperable en la práctica de la historia alternativa como Jesús Torbado y su *En el día de Hoy* y Len Deighton con *SSGB*. Le debo mucho a Alex del Rosal, que creyó en este libro desde el primer instante y lo adoptó como si fuese propio. Gracias al Consejo Editorial que aceptó un libro que no era fácil, demostrando una audacia digna de elogio. Tengo una deuda enorme con Humberto Pérez-Tomé, un editor que se ha convertido en amigo y cuyas indicaciones no han hecho más que mejorar el producto. Tengo que agradecerle a Manuel Pimentel que me dejase entrar en esa gran casa de las letras que es Almuzara. Gracias al equipo de la editorial en general y del sello Sekotia en particular por su profesionalidad y paciencia con este escritor. Citar a todas las personas que me han apoyado a lo largo de los cuatro años que me ha llevado este proyecto sería interminable, pero ahí están y aquí me tienen para lo que haga falta.

Finalmente, pero no en último lugar, quisiera agradecerle a mi difunto padre, el señor Miguel, que me enseñara a leer y

escribir en un pequeño pizarrín porque creía que esas cosas no podían delegarse en un profesor. A nuestra Bea Raymí, el hada de la familia. Y, como siempre, gracias a mi esposa, Elena, que me apoya incondicionalmente y cometió la osadía de casarse con alguien enganchado en esa dulce y benéfica droga que son los libros.

# PRIMER ACTO

## OBERTURA CUBANA

La Habana en verano era tan triste como un invierno en París, con ese frío que te recorre el tuétano hasta destrozar tu propia memoria, la sensación de tener los pies congelados a fuerza de recorrer calles en las que no conoces a nadie, la desazón de saberse exiliado de todo lo que te rodea, del calor del aguardiente, de la calidez del tabaco o de la carcajada en labios de un amor. Alberto Duran, acodado en el balcón del piso de la mujer que dormía en un lecho aún revuelto, campo de batalla implacable de la lucha entre el desamor y la carne, fumaba como si quisiera aspirar la esencia de la música que caracoleaba proveniente del cabaré de la planta baja donde había conocido a Rosita, la mujer con la que convivía. ¿Hacía un año? ¿Dos? ¿Tres? Le costaba acordarse porque no soportaba los calendarios. Aquellos números ordenados en una hoja, ajenos a la vida y tan próximos a una esquela mortuoria, le recordaban lo incierto que es el futuro. ¿Piensa quien mira el calendario que quizá no llegará a ver el próximo mes, la próxima semana, el próximo día? La mayor demostración de la cobardía humana ante la muerte son los calendarios. Nos hacen creernos superiores al tiempo, a la vida. Nos da la falsa sensación de ser nosotros quienes gobernamos nuestra existencia sin darnos

cuenta de que cada fecha tachada es una victoria del tiempo sobre nosotros.

Ni siquiera llevaba reloj. El que llevaba cuando pisó por primera vez La Habana, herencia de un amigo brigadista del Lincoln que estaría pudriéndose en algún lugar del Jarama, se lo habían quedado los policías cubanos. A Duran le ofendió sobremanera, no quería desprenderse de él porque le recordaba aquel torbellino de sangre y de pasión que vivió durante lo que algunos hijos de puta calificaban como una guerra romántica. Como no deseaba tener noción del paso del tiempo no había comprado otro, de forma que nunca sabía el día en que estaba ni la hora. ¿Para qué? Su biografía también se había detenido al finalizar la contienda. Anarquista desde que tuvo uso de razón, comandante con Cipriano Mera, sin un duro en la billetera ni más equipaje que un desgastado traje de dril, dos camisas con los cuellos desgastados, dos mudas, unos zapatos de punta robados a un fascista italiano y una cicatriz en la espalda que le recordaba constantemente, en especial los días húmedos, lo poco aconsejable que era darle la espalda a un oficial alemán. También tenía un par de fotos en su cartera que nunca miraba, y alguna carta escrita por una persona que se había desdibujado de su mente por prescripción facultativa que jamás releía.

Su edad era indefinida. Entró joven y entusiasta en la guerra y salió viejo y descreído. No sabía cuándo nació ni quiénes fueron sus padres. Podía inventarse perfectamente una o mil vidas, porque todas acabarían siendo tan reales como la que había vivido. A Rosita unos días le decía que era ingeniero, otros que era abogado, un día en el que el ron de caña debía estar especialmente fuerte le confesó ser un excusa converso al anarquismo, pero la mayoría de las veces se limitaba a encogerse de hombros ante las cada vez menos frecuentes preguntas de la mulata. Se limitaba a sonreír y a tocar el piano. A veces desgranaba melancólicas guajiras, otras, acometía salvajes pie-

zas de *rag time* y cuando el día le resultaba especialmente pegajoso y los muertos se obstinaban en agarrarse de sus pantalones, interpretaba a Wagner, Liszt, Beethoven y otros genios clásicos que dejaban a la clientela del cabaré sumida en un silencio respetuoso, sabedores de que aquello era otro mundo, un mundo alejado del navajazo y la puta que protesta, del policía al que sobornar para que te deje subir con una menor a la habitación o a la cocaína deslizada por debajo de la mesa a cambio de un puñado de billetes casi transparentes de tanto ser manoseados por manos sudadas y febriles.

La mirada de Duran transitó del cuerpo de Rosita al mar que se abría ante sus ojos como los barrotes de una celda de la que había intentado escapar hacía tiempo. Acabaría sus días en aquella ciudad o en otra parecida, alternando con marineros, traficantes de drogas, armas, mujeres o las cuatro cosas a la vez. Y alcohólicos, claro. Cuando el mundo se ha hundido en la mierda hasta el cuello lo más sensato es emborracharse hasta no distinguir a una persona de otra. Se movía, si no cómodamente, sí de manera razonable en aquella Habana regida por militares de opereta al servicio de la sacarocracia local y de los yanquis. Sabía que los tipos como él no molestaban si sabían quedarse en su sitio y no joder a los mandamases.

En el fondo, aquello era lo más parecido al Barrio Chino barcelonés en el que se había criado. Tenía claro que no podría volver nunca, por eso aquel lugar canalla y soez era la imagen de un lugar irrecuperable, un remedo del paraíso de Milton solo que sin ángeles, un lugar del que muchos no habían salido con vida porque las cosas son como son y no como nos gustaría. Pensó en la posibilidad de que, en aquel mismo momento, hubiese otros Albertos como él, acodados en la nada, fumándose la vida que les quedaba y preguntándose por qué todo había sido así y no de otra forma o si podía haber evitado terminar como una botella vacía después de una farra. No debo ser el

único idiota en el mundo, se dijo. Perdedores del mundo, uníos, a las barricadas por el triunfo de la mediocridad. Estaba definitivamente borracho, tan borracho que ni siquiera lo notaba. La suya era una borrachera especial que no nace del alcohol, sino de la amargura. Rosita refunfuñó en sueños como si se pelease con alguien. Un susurrado «Japuta» se escapó como un silbido de sus labios. A su pesar, Duran sonrió lo justo como muestra de que no se le había helado el alma del todo. Apagó cuidadosamente la colilla en la baranda del balcón, depositándola en una lata oxidada de ananás que utilizaba como cenicero provisional. Como él, como su vida. Descansamos en la providencia, decía un personaje de Murger. Encendió otro pitillo americano con calma. Total, no tenía otra cosa que hacer. Los fines de semana, trabajar de *pinxo*, de vigilante del orden, como se decía en su tierra, en el cabaré. El resto, pasear, leer algo, fumar y follar con Rosita. Los sábados y domingos, no, porque ella actuaba y terminaba rendida de tanto cantar canciones deplorables y aguantar a viejos babosos que intentaban tocarle las partes bajas mientras ella se defendía a taconazo limpio desde encima del exiguo escenario. Y cuando el dolor del alma era insoportable, siempre le quedaba el recurso de tocar el desvencijado piano del local, herencia de un terrateniente que en tiempos lo había regalado a vaya usted a saber qué mujer, que debió recibirlo con la estupefacción del desdentado al que regalan turrón de Alicante.

Todo se había ido a la mierda hacía mucho tiempo, incluso antes de la guerra de España. Cuando se encontró con un compañero anarquista que también había ido a recalar a Cuba, se lo dijo claramente. «Mira, chico, teníamos que perder, porque en esta vida solo ganan los hijos de puta y ni tú, ni yo, ni Durruti, ni Mera lo somos. Ni José Antonio, ya que estamos». Era cierto, los que no son unos cabrones no pueden ganar. Si lo consiguiesen, ¿qué carajo iban a hacer con la victoria? ¿Limpiar

de mierda el país para que al final llegase un cerdo, se hiciese con el poder y vuelta a empezar? Su destino era el que había profetizado Lorca cuando escribió que había barcos que buscaban ser vistos para hundirse. «¡Los anarquistas somos gilipollas!» gritó a la luna habanera con voz de cazalla. Un suave roce de muslos y corvas contra las sábanas que olían a almizcle lo hizo girarse. Rosita se había despertado.

—Alberto, ¿qué haces en el balcón gritando como un huevón y fumando en pelotas?

—Nada. Compadeciéndome un poco de mí mismo. Es algo que me gusta mucho —respondió riéndose como un loco que se descubre a sí mismo escarbándose en la cabeza.

La mulata apartó de sí la ropa, dejando ver un cuerpo que en los ambientes de revista se denominaría como escultural. Sus ojos negros lo miraban con la misma expresión de incredulidad que tendría una madre al ver a su hijo masticando cemento.

—Pero bueno, ¡quiera Dios!, a ti no hay manera de entenderte. Ahora estás riendo y bebiendo como un loco y al poquico estás pendejando con que si me compadezco y con que si soy un desgraciao y yo no sé con cuántas mierdas más. Mira, m'hijito, mi abuela siempre decía que cuando el buey se creyó jodido, vino uno y lo mató pa comerse su carne.

Duran estalló en una risa que le causó una tos wagneriana, obligándolo a entrar en la habitación para beber un sorbo de agua de una jarra que, en honor a la verdad, se había usado poco aquella noche.

—Ay, Albertito, ahora no se me vaya a coger una pulmonía o una tisis, que eso le pasa por tragar tanto humo del carajo.

Lo miraba con dulzura, al menos con toda la que podía dar aquella mujer que había dejado atrás hacía tiempo lo que los poetas cursis denominan la flor de la edad, sustituyéndola por la amarga planta de la experiencia. A sus treinta y dos años, Rosita formaba parte de la inmensa famélica legión de las

putas, hermandad universal que es igual en todos los sitios. Desflorada por su propio padre a los trece años, empezó en el oficio casi al momento, y desde entonces había viajado por la vida traqueteada por noches de mercenaria y fingida pasión hasta recalar en aquel agujero en el que, al menos, tenía un techo y una cama. Si el español decía que sí, y ella aguantaba, quería establecerse por cuenta propia con un pequeño local en el que servir buen ron, cantar tonadas que casi nadie recordaba y ver pasar los años reconfortada por el afecto y la tristeza del hombre que la miraba, desnudo de cuerpo y alma, desde la otra punta del cuarto.

—¿Qué hora es, Rosita?

—¿Tienes prisa, mi cielo? ¿Te espera al rey de Suecia?

—No creo, la última vez que nos vimos le pegué por culpa de una mulata que el muy cabrón estaba molestando.

Los dos se miraron con la franqueza que da saberse unidos por algo, aunque no supieran muy bien qué era. Se habían conocido el día en que Duran le propinó una soberana paliza a un gomoso que pretendía forzarla a la puerta del cabaré. Se decía marqués, era también español y sacó una navaja para rajarlos a ambos, pero el anarquista supo desarmarlo y dejarlo tendido en el arroyo con la cabeza abierta. La mujer lo miró, le cogió de la mano sin abrir la boca, lo arrastró hasta su cuchitril e hicieron el amor de una manera salvaje y profunda, animal, entregándose a una pasión que parecía rabia y odio, una pasión que nacía de algo muy oscuro y profundo. Probablemente, pensaría tiempo después Duran, aquello, más que lujuria, era desesperación.

—Te pregunto la hora porque acabo de ver un Packard detenerse enfrente. ¿Esperamos visitas?

—Siento decirte que tengo una cita con toda una orquesta.

—Creo que soy capaz de quererte de manera orquestada. No me importa.

Volvieron a reír, pero callaron de manera súbita cuando alguien golpeó la puerta de la habitación de manera poco amistosa. Duran se deslizó hacia la cama y sacó un revólver de debajo de la almohada mientras Rosita se echaba por encima un kimono de seda que el español le había regalado el primer aniversario de su vida en común.

—¿Quién coño es a estas horas?

Una voz gangosa con un marcado acento yanqui respondió desde el otro lado.

—Estoy buscando a Alberto Duran. Me han dicho que podía encontrarlo aquí.

La mulata miró interrogadoramente hacia la cama con una mezcla de miedo e indecisión. El hombre se tapó, escondiendo el arma debajo de la sábana mientras apuntaba hacia la puerta, indicando con la cabeza que podía abrir. Dos hombres vestidos de blanco, con sombreros panamá y unos bultos sospechosos debajo de las americanas, entraron en la habitación. El que había preguntado se dirigió a Duran, que ponía cara de inocente ante el juez.

—Yo soy Duran. ¿Qué quieren?

—El coronel Balandre desea verlo. Ahora.

Balandre era el jefe de la policía secreta y el encargado de todos los trapos sucios del gobierno cubano. No había negocio ilegal en el que no tuviera metidas las manos, incluso si se trataba de asesinar.

—Dígale al coronel que lo iré a ver mañana a su despacho porque ahora me pilla usted ocupado. Y recuérdale que todavía me debe cinco mil dólares de la última timba de póquer.

Los dos hombres de blanco se miraron como si supieran un chiste inventado solo para ellos.

—Ya se los pagará, señor. El coronel no olvida sus deudas como tampoco a quienes le desprecian un convite. Vístase,

tenemos un coche esperando abajo en la puerta. Es importante. Creo que la dama lo entenderá.

—Es muy comprensiva, pero le sucede como a mí, somos desconfiados por naturaleza. ¿Quién me dice que los envía Balandre y no alguien que tiene ganas de irme a rezar al camposanto?

El hombre arrojó encima de la cama una cartera y un lujoso reloj.

—El coronel me dio esto para que supiera que venimos de su parte.

Era la misma billetera de piel de cocodrilo que la policía había confiscado a Duran cuando llegó a Cuba. Dinero incluido, naturalmente. Y el reloj. Decomiso, le habían dicho. El anarquista no ignoraba que Balandre era su poseedor, porque se lo había visto en no pocas ocasiones. Duran asintió con la cabeza.

—Un minuto y estoy con ustedes. ¿Vamos al cuartel de la policía?

—Vamos a la finca del coronel. Ahí le espera con un invitado que desea conocerlo.

—¿Qué invitado?

—Lo ignoro. Apúrese, al coronel no le gusta que lo hagan esperar.

Mientras se vestía, Rosita no dejó de mirarlo nerviosa, sus ojos viajando de los hombres a su amante y viceversa. Buscaba una seguridad, un indicio, pero Duran no permitió que su rostro lo traicionase. El español sabía por experiencia propia que si vas de cabeza a una emboscada lo mejor es poner cara de póquer. Esa táctica le había permitido sobrevivir a los duros interrogatorios que el SIM comunista le había hecho en España, cuando sospechaban que conspiraba con Mera y el coronel Casado a espaldas del gobierno de Negrín. Hasta el último minuto la maquinaria de represión soviética se mostró

implacable en aquella república tan mal defendida por quienes se llenaban la boca de ella.

—Listo, caballeros, soy todo suyo.

—Muchas gracias. Deje el revólver que ha escondido en el bolsillo. No le hará falta.

—Chicos listos —dijo, tirando el arma encima de la cama. Había esperado que no se darían cuenta, pero aquellos tipos eran unos profesionales.

Duran le guiñó un ojo. «Acabaré enseguida». Rosita tuvo un mal palpito, una punzada que ya había experimentado alguna vez en su vida. Salió al balcón para ver cómo su hombre era empujado al interior del Packard. Algunos vecinos asomados a los balcones. Ni una palabra ni un sonido. Una detención más. Rutina. La mulata se aferró con fuerza a la barandilla, sintiendo que le estaban arrancando algo que ni siquiera sabía que tenía. La sonrisa de Duran flotaba ante sus ojos, triste, desvalida, que le hacía abrazarlo como una madre cuando se despertaba gritando por culpa de unas pesadillas que nunca había querido explicarle. Ella le acariciaba el pelo y él se quedaba dormido. «Mi patria son tus brazos», le había dicho un día que ella le preguntó si extrañaba a España. Empezó a llorar en silencio, como solo saben hacer quienes han sufrido terriblemente. Las lágrimas acariciaban su cara morena y todo por un hombre del que no sabía nada, salvo que era el único que había conseguido llenar su corazón, hasta entonces seco, con una dulzura y una alegría desconocidas para ella hasta entonces.

—Vuelve pronto, amor mío, vuelve, Alberto, vuelve con tu Rosita —murmuró como si estuviera rezándole a la Santísima Virgen.

Alberto Duran no volvería esa noche. Lo haría muchos meses después, más viejo, cansado y triste de lo que se marchó.

## 1. EL ENCARGO

El trayecto hasta la hacienda era largo. El lugar estaba prudentemente distante de La Habana. Eso permitía al coronel Balandre llevarse a sus conquistas eróticas lejos de maridos impertinentes igual que a sujetos a los que había que interrogar de manera discreta. La invitación al anarquista no respondía a ninguna de las dos cosas, aunque si Duran hubiese sabido de qué se trataba, seguramente habría preferido follar con el cubano y que después lo torturasen. Mientras el potente automóvil se tragaba la noche con voracidad de bestia metálica, Duran advirtió las manchas de sangre en la tapicería. El vehículo olía a muerte, un aroma que conocía bien, mezcla del sudor acre de quien sabe que va a morir a manos de verdugos inmisericordes y de las colonias baratas de estos; mezcla de tabaco, alcohol barato y carne destrozada unida a los orines y heces con que los torturados riegan los suelos de cemento en cualquier sala de interrogatorios del mundo. En España lo llamaban el perfume del paseo, del que es llevado a dar una última vuelta en la que acabará con un tiro en la nuca al pie de una tapia. La muerte huele, le había dicho un gitano amigo suyo.

No quitaba ojo a sus acompañantes, embutido entre ellos y condenado a soportar la repugnante calidez de sus cuerpos

húmedos. Recordó cuando fue detenido por los comunistas y llevado, también de noche, a la Cheka de la calle Vallmajor de Barcelona, el temible «Preventorio D». Nadie salía indemne de allí. Los criminales que daban rienda suelta a sus peores instintos encontraban en aquel lugar un idílico reino para llevar a cabo todo lo que su miserable imaginación les dictaba. Monjas colgadas de un gancho, descuartizadas y entregadas a los cerdos como comida; castraciones, electrocuciones con una silla eléctrica construida por un electricista que rezumaba odio, violaciones con botellas rotas, palizas y todo tipo de torturas psicológicas ideadas por un tal Laurencic, el encargado de la construcción de aquel infierno en la tierra.

Sopesando las posibilidades que tenía de golpear a sus guardianes y abrir la portezuela del automóvil para saltar en marcha, se dio cuenta de que el intento estaba condenado al fracaso. Dos automáticas se clavaban inmisericordes contra sus costillas, una en cada lado. Duran pensó que tendría mejores oportunidades fuera del coche. Tras el trayecto, que se le antojó eterno, llegaron a su destino. El edificio principal frente al que se detuvo el Packard era una imitación de la Casa Blanca surgida del enfebrecido sueño de una millonaria con furor uterino, la esposa riquísima de Balandre. Aquella monstruosidad arquitectónica no le inquietó tanto como ver que quien le esperaba era un viejo conocido suyo, el capitán Thompson. Exmarine de los Estados Unidos, exmercenario en el ejército de Chiang Kai Chek, exmercenario en Argentina, traficante de drogas en Paraguay, exasesor militar en Bolivia, metro noventa de hijoputez envuelta en un cuerpo de luchador con una cara brutal surcada por una cicatriz fruto de un caricia hecha por una navaja de acero español. Duran lo sabía porque había sido él mismo quien se la había regalado en el transcurso de una pequeña discusión, dijéramos intelectual. La vieja herida nunca se había cerrado del todo y supuraba un líquido

blanquecino, igual que los ojos del yanqui supuraban un rencor que venía a decirle «Como tenga oportunidad, te rajaré del cuello hasta el ombligo». Al pie de la escalinata que conducía a la puerta principal, digna de un decorado wagneriano, tres individuos provistos de sendos subfusiles ametralladores lucían caras a juego con la del exmarine.

—Sal, cabrón español. El coronel te espera. Reza si sabes, rojo de mierda. De no ser porque está interesado en ti, ahora estaría cortándote en filetes para dárselos a los perros.

Duran sabía cuándo era conveniente meterse las respuestas ingeniosas por el culo y le siguió sin rechistar al interior de la casa, amueblada con ese mal gusto con el que los nuevos ricos creen apabullar a los demás. En un despacho en el que cabía perfectamente un batallón se encontraba Balandre, vestido de uniforme con todas las condecoraciones que jamás había ganado colgadas de su pecho. Su expresión de fingida cordialidad era puro teatro. Se adelantó hacia el español, cogiéndolo del brazo e indicando con la mano a sus sicarios que se marchasen, cerrando las puertas tras de sí.

—Ay, gallego, lo que me cuesta mantener a ese gringo chingón lejos de tu pellejo. Te protejo sin cesar, ¿sabes? Yo velo por mis amigos y si no has aparecido en algún bohío o en una cuneta destripado se debe a que te tengo simpatía. Siéntate y coge uno de estos habanos. Son suaves como el coño de una virgen, tú ya sabes.

—Gracias. Sé valorar la importancia de la protección de usía.

—Déjate de usías y fuma, hombre. Si te he pedido que vinieras a verme es porque tengo un negocio que proponerte. Mucha platica. Hablo de dólares, amigo. Nos entendemos, ¿eh?

Duran encendió con parsimonia el habano que era, como había dicho Balandre, extraordinario. Un Romeo y Julieta de los llamados Churchill por ser el ex primer ministro británico

aficionado a ellos. «Ese cabrón de inglés sabía lo que fumaba», musitó el español.

—Sí, chico, menudos cojones tenía. Un auténtico macho que no tembló cuando ese perro de Himmler ordenó que lo colgasen de un gancho de carnicero después de hacerle todo tipo de putadas. Sin él, y con la familia real exiliada en Washington, Inglaterra se fue al carajo en una semana. Era el único de todos que valía la pena. Todos esos lores de mierda fueron a lamerle el culo a los nazis a la que se desembarazaron de Winston.

Duran conocía la historia. La operación León Marino había colocado a Gran Bretaña bajo dominio alemán en pocas semanas y ahora era un Estado títere en manos de Hitler, gobernada a medias por un Lord Protector nombrado por este, Halifax, viejo adversario de Churchill, y por el Reichsmarshall Göring que disfrutaba dando recepciones en el Palacio de Buckingham a la flor y nata de la aristocracia británica. Conocido por su desmesurada ansia de rapiña en materia de arte, había vaciado los museos londinenses, embalando cajas y cajas con cuadros y esculturas destinadas a su finca alemana de Karinhalle ante la servil adulación de los dirigentes británicos. Churchill lideró la resistencia, pero al final fue capturado y llevado a juicio sumarísimo, no sin antes haber pasado por las manos de la Gestapo. Su cadáver fue expuesto durante días colgado delante de Westminster como advertencia a los enemigos del Reich.

—Mi coronel, no me necesitará para una sesión de historia contemporánea. Veamos ese encargo.

Balandre se rio con un tono que indicaba lo imbécil que consideraba a Duran por sus palabras.

—Tengo un amigo que quiere proponerle un asunto para el que se requiere un tipo con un par de cojones como los tuyos. Oye, tú —le dijo al soldado que hacía guardia— dile al gringo que pase.

Un individuo que parecía recién salido de un film del Far West entró a grandes zancadas en el despacho como si estuviera esperando que el regidor de escena le indicase el momento de su aparición, dándole primero un abrazo a Balandre y estrechando enérgicamente la mano al español. Peinado con una raya perfecta y vestido con traje oscuro y corbata, se presentó a sí mismo.

—General Donovan, ejército de los Estados Unidos. Mis amigos me llaman Wild Bill y soy el responsable de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos. Habrá usted oído hablar de nosotros.

—Así es, general. Conozco su labor.

—Y nosotros a usted. Su ideología, su militancia antifascista, sus peripecias durante la guerra española y lo que hacía en Francia hasta que tuvo que escapar de esos hijos de perra de Himmler. Es usted un valiente, comandante.

Duran se rebulló incómodo en el sillón. No le gustaban los halagos.

—Perdone que lo hayamos sacado de la cama a estas horas, pero Balandre y yo creímos que sería mejor que todos pensarán que lo habían arrestado, porque lo que vamos a decirle es confidencial. Tan confidencial como que si usted se lo repitiera a alguien, nos veríamos en la obligación de tener que matarlo. No le estoy amenazando, solo quiero que me comprenda. ¿De acuerdo?

Duran lo comprendía a la perfección. Aquello era una encerrona. Miró hacia el ventanal del despacho calculando cómo podía deshacerse de aquellos dos y del soldado, escapar al exterior, burlar a la guardia y salir de la finca. Donovan le miró sonriente, con cara de haber seguido a la perfección los pensamientos del español.

—Yo no lo intentaría, pero es usted muy dueño de escapar aunque sus probabilidades sean más bien escasas. Tengo

la hacienda rodeada por mis hombres y están, además, los del coronel. De Thompson no hace falta que le diga nada. Está ahí fuera, deseando que usted cruce el ventanal para descargar todo el peine de su ametralladora en usted. También debe saber que su querida Rosita disfruta en estos momentos de la protección de la embajada norteamericana y que cualquier incidente podría repercutir, ¿cómo decírselo?, de manera lamentable para ella.

—Es usted un cabronazo, general —dijo con toda tranquilidad el español, arrellanándose en el sillón— pero como me tiene bien cogido por los huevos lo mejor será que desembuche.

Donovan le dio un palmada en la pierna y se sirvió una generosa copa de coñac.

—Veo que nos entendemos. Mire, no voy a venirle ahora con monsergas apelando a su humanidad, a su compromiso con la democracia y toda esa sarta de gilipolleces, aunque es posible que usted haga lo que le voy a pedir justamente por eso y no por el dinero o por la seguridad de su amante.

Por un instante, el español dejó vagar su mirada por el despacho, hecho para dar una falsa impresión de respetabilidad, y se dio cuenta de que el norteamericano no desentonaba en aquel ambiente. Era un ventajista que no dudaba en emplear a este o a aquel para lograr sus objetivos.

—Me juzga mejor de lo que soy. Tengo mucho apego a mi pellejo y a Rosita.

—Usted finge ser un cínico pero no lo es. Me recuerda mucho a cierto agente que tengo operando en Brazzaville. También se las da de duro y también, como usted, luchó en España contra Franco y en Francia contra los nazis. Por sus ideales. Ah, y por una mujer. No sé si lo conocerá. Se llama Blaine.

—Usted me habla de Rick. Sí, lo conocí cuando estuvo en las Brigadas Internacionales. En el Lincoln. Nos habíamos embo-

rrachado muchas noches en Madrid junto a otro compatriota suyo, un tal Robert. Eran dinamiteros y se infiltraban tras las líneas fascistas, algo muy peligroso. A Robert le perdimos la pista, creo que murió en una operación relacionada con no sé qué puente. De Rick sabía que, después de huir de Francia, tenía un garito en Casablanca. Oí que se había cargado a un tal Strasser, un general nazi, facilitando la huida al líder de la resistencia Laszlo, me parece.

—Ese Rick. Para no estar informado sabe usted muchas cosas. Bueno, ahora que tenemos amigos comunes quizás comprenderá mejor la gravedad de esta operación. Tiene usted razón, se trata de matar a alguien. A alguien de la máxima importancia, cuya muerte podría cambiar el curso de la historia.

—No me pedirá usted que organice un atentado contra Hitler, ¿verdad?

—Comandante, es justamente lo que voy a pedirle que haga.

—Su puta madre —murmuró Duran ante un Donovan que parecía disfrutar enormemente con la cara de sorpresa del anarquista.

## 2. EL PLAN

O Donovan estaba loco o le tomaban por loco a él. Jodidos norteamericanos, creyendo que podían pasearse por el mundo haciendo lo que les diera la gana. Matar al mismísimo Führer. Cojones, podían habérselo cargado infinidad de veces antes de la guerra, pero entonces estaban encantados haciendo negocios con aquel Reich que eliminaba partidos y sindicatos y estaba dispuesto a hacer ganar dinero a las empresas yanquis.

—¿Qué, gallego, era o no era un buen negocio? —dijo Balandre mientras llenaba la copa del español.

—Los he visto mejores, coronel. Aunque tampoco me extraña viniendo de un yanqui. Traté a muchos de sus compatriotas en España cuando la batalla del Jarama y todos estaban como una puta cabra. Porque has de estar muy loco para dejar un buen puesto en una universidad para dejarte matar por una bala fascista en un país extranjero que ni te va ni te viene.

El norteamericano puso cara de no entender, mirando a Balandre con gesto interrogativo. Duran cogió por el brazo a Donovan y habló con una dulzura que no tenía nada que ver con la dureza de sus palabras.

—Unos orates hijos de perra que se jugaban la vida y por lo general la perdían por no medir el peligro, general. Muchos

huevos y nada de seso. Muchas veces estuve a punto de dejarme el pellejo por culpa de aquellos aventureros. No joda, Donovan, no me hable de asesinar a ese empapelador. Si tantas ganas tiene de verlo colgado, hágalo usted o sus chicos de la OSS.

—Creo que no me ha entendido —dijo secamente Donovan—, usted no tiene ni voz ni voto. La decisión la han tomado por usted.

Le tendió un sobre lacrado con el membrete «Presidencia de la República Española». El comandante ni se molestó en abrirlo. Cerrado, tal y como estaba, lo rompió en trocitos, arrojándolos violentamente a la lujosa alfombra del despacho.

—Lo que me digan los representantes de una república que perdió la guerra por falta de cojones y por no saber estar a la altura de aquello que decían defender me importa un huevo. Como si me trajera usted una orden firmada por el Papa de Roma y el Gran Khan de Mongolia. A mí no me manda una banda de politicastos fracasados.

Donovan suspiró profundamente. El general esperaba esa reacción. Sacó del bolsillo de su americana un sobre manoseado.

—Tengo otra carta de alguien que, a lo mejor, puede hacerle cambiar de punto de vista.

—Lo dudo.

—Es de un amigo suyo. Cipriano Mera. Ahora trabaja con nosotros.

La cara de estupefacción de Duran fue tan grande que él mismo se dio cuenta de que se había traicionado. Ese mariconazo de americano conocía sus flancos débiles. Cogió el sobre en el que reconoció la letra apretada de su compañero, sacando del mismo una carta escrita por la mano de quien había compartido junto a él tantas penurias en la guerra. El texto era áspero, seco, sin florituras, como era aquel albañil que un día empuñó un arma porque se lo dictó su conciencia. Leyó en

voz alta sin darse cuenta. «Compañero, te pongo estas letras para informarte de que me encuentro en territorio norteamericano trabajando para el general Donovan. Te va a pedir un imposible, pero no hay causa mayor que eliminar al fascismo. Tenemos la posibilidad de acabar con ese monstruo de Hitler. Espero que vengas pronto para explicarte mi plan y pueda darte ese abrazo que te debo desde el día en que nos despedimos en Madrid. Salud y anarquía. Cipriano».

—¿Qué me dice ahora? —preguntó Donovan con aire de convicción, aunque en sus ojos brillaba, en el fondo, una chispa de angustia. Tratando a Mera había aprendido que a esos anarquistas españoles, duros, enjutos, ascéticos, no era fácil convencerlos.

Duran encendió el habano, que se le había apagado y, tras exhalar una bocanada, se encaró con el general.

—Verá, Bill, ¿me permite que le llame así?, no tengo madera de héroe. No creo que nadie que haya pasado por una guerra en la que luchas contra tus hermanos pueda jactarse de ello. Pero he aprendido una cosa: el combate en primera línea te enseña en quién puedes confiar. Y yo confío en Cipriano. Lo hice en el frente, lo hice cuando se trataba de infiltrarnos tras las líneas enemigas y lo hice cuando me propuso dar un golpe de Estado contra Negrín al final de la guerra. Si él dice que existe una posibilidad, yo también. Pero me gustaría que le quedase una cosa muy clara. Lo que su gobierno o usted pretendan sacar de esto no me importa. Se mantuvieron al margen de la causa antifascista mientras el Eje no les tocó las pelotas. Incluso mantuvieron a ese bastardo de Joseph Kennedy como embajador en Londres ante el gobierno títere nazi. Y sus empresarios le vendieron a Alemania todo lo que necesitaron: Ford, el primero, el trust Dupont, después. Los cazas nazis llevaban ruedas Dunlop y el capitán Rieber, de la Texaco, le dio a Franco todo el petróleo que a nosotros nos negaba. Si acepto, no será por ustedes.

—Mensaje recibido, comandante. Deberá viajar conmigo a Washington donde su amigo le espera. Tengo un avión preparado, ¿no es cierto, coronel Balandre?

—Con los depósitos cargados de combustible y un piloto de confianza. Diremos que son ustedes diplomáticos.

—Perfecto. Y ahora, permítame que le exponga brevemente el plan ideado por Mera. Los detalles se los dará él, pero me gustaría avanzarle algunos aspectos para que vaya haciéndose su propia idea. En primer lugar, ¿conoce la situación actual en España?

—A través de los diarios. Dicen que en España no es bueno para la salud mentarle la madre a Hitler, so pena de que te peguen dos tiros. Aunque la gente exagera mucho y es posible que solo te disparen una vez. Con lo cara que anda la munición.

Donovan puso cara de no saber si el español hablaba en serio o en broma. Aquel tipo le desconcertaba. Hasta la fecha había tenido que reclutar exiliados de media Europa y estaba curado de espantos tras verse las caras con checos, polacos, noruegos, franceses, daneses, rusos, italianos e incluso británicos. Pero aquellos españoles mantenían un orgullo especial, un aire de no darse por aludidos cuando se les recordaba que el fascismo los había derrotado, en especial esos anarquistas caóticos, valientes y raros. Sin los comunistas, podrían haber ganado la guerra a pesar de su indisciplina. Dio otro sorbo al licor y llamó al soldado de guardia como si lo hiciera con un camarero del Morocco. Este le entregó un abultado dossier.

—Desde que Hitler ocupó España y Portugal, derrocando a Franco y colocando en su lugar a Muñoz Grande, el Mediterráneo se ha convertido en un lago fascista. Con esta maniobra dejó a la Royal Navy fuera de juego, haciendo que la flota italiana y la francesa de Vichy se convirtiesen en dueñas de aquellas aguas. Sin duda, eso propició la caída de Inglaterra. Si se hubiera decidido a atacar Rusia antes, ahora tendría una guerra en dos frentes y posiblemente habría acabado por perder.

—Eso es lo que todos esperaban —replicó el comandante.

—Algunos de nosotros también, y no en último lugar el mismo presidente Roosevelt y Cordell Hull, su eminencia gris, como dicen ustedes. Pero Hitler se dejó aconsejar por el único hombre al que considera casi como su igual, Reinhard Heydrich, que voló desde Praga para disuadirlo. Y pensar que los ingleses tenían un comando dispuesto a eliminarlo.

—No sabía que Hitler fuera influenciable —dijo Duran.

—Usted no conoce a Heydrich. Es frío, ambicioso, no tiene escrúpulos. Hitler lo llama el hombre del corazón de hierro. Es el auténtico dirigente del Reich, porque Hitler no se tira un pedo sin consultárselo. Con Göring ejerciendo de señor feudal en Londres, Goebbels follando con todas las actrices que puede y ese sádico de Himmler buscando reliquias mágicas por el mundo, es el único dirigente nazi que mueve los hilos del poder.

Duran intentaba saber hacia dónde llevaba toda aquella conversación.

—Tenemos a un perfecto psicópata decidiendo la política del Reich —dijo el anarquista—. No es raro que los japoneses les atacaran en el Pacífico. Despegando desde Shanghái y Hong Kong los tenían a tiro de piedra. Podrían ustedes haber tomado alguna precaución, porque era evidente que les iban a dar por el culo más pronto que tarde. Ya me dirá qué hacía la flota anclada en Pearl Harbor, como si fuesen patos de feria, dispuestos a que el primero que llegase los fuera cazando de uno en uno.

A Donovan la observación no le había gustado. Cualquier cosa que cuestionara a los Estados Unidos se la tomaba como algo personal. Aplastó su cigarro en el cenicero como si se tratase del mismo emperador Hiro Hito.

—Ahora es fácil decirlo, pero entonces todos creímos que el ataque se demoraría hasta que Hitler, una vez tomada Moscú,

enlazara sus ejércitos con los japoneses en la India. Ese cabrón de Halifax, que juega a dos barajas, nos engañó haciéndonos creer que entonces los británicos pondrían los huevos encima de la mesa.

—Pero el hijo de la gran puta se les meó encima, mi general, y es normal. ¿Quién carajo iba a creer lo que diga un traidor a su patria? No me joda, chico —intervino Balandre, que fue silenciado con una dura expresión del yanqui.

—Mire —prosiguió Donovan— sabemos que el almirante Yamato está planeando un desembarco a gran escala en Australia y que han desarrollado un submarino capaz de transportar en su interior a varios hidroaviones con los que piensan atacar la costa oeste norteamericana con bombas cargadas de mierdas como la peste bubónica y cosas así. Delante del mismo jodido Manhattan hemos tenido que disparar nuestra artillería de costa contra algunos submarinos alemanes, evacuando a la población de Nueva York por lo que pueda pasar. Tenemos un cuchillo en el cuello y otro en las pelotas. Así que vamos a cortar nosotros primero. Tenga esto —dijo entregándole una carpeta roja llena de sellos en los que ponía alto secreto. El anarquista la cogió con curiosidad.

—Operación Barcelona, Duran. La última posibilidad que nos queda. A usted, a mí y al resto de eso que llamamos mundo libre. Tres cuartas partes del planeta está en manos de esa gen-tuza. Así que hay que eliminar al pintor de brocha gorda.

El español ojeó las páginas del dossier con interés, deteniéndose en una en la que se leía «Emplazamiento de la operación».

—Donovan, puede ser que el emplazamiento esté equivocado porque sus chicos no conocen mi idioma, la geografía europea o, simplemente, porque beben más de lo aconsejable. Dígame, ¿es aquí donde quiere que me cargue a Hitler?

—No solo a él. A su lado estarán Heydrich, Himmler y toda la plana mayor. El Führer quiere mimar a su nuevo protectorado.

—Pero ¿en Barcelona? ¿Y el once de septiembre? Estamos a finales de abril. ¿No podría ser en otra fecha y lugar?

—No. Hitler acudirá a los festejos que el Reichsprotektor de Cataluña, Heydrich, ha preparado con motivo de la fiesta nacional catalana. Además, va a bendecir una nueva división SS integrada únicamente por paisanos suyos. Ya ve, de una tacada nos cargamos a esa banda de asesinos, jodemos a los nazis catalanes y desestabilizamos a Muñoz Grande.

—Me he perdido.

—No me diga que no lo ha visto venir. Lo que queremos, además de descabezar a la cúpula del Tercer Reich, es que España vuelva a ser neutral, y eso solo lo puede hacer una persona.

—¿Quién?

—Quién coño va a ser, Franco.

Duran se quedó atónito. No era fácil pillarlo con la guardia baja, pero el norteamericano era experto en desarmar a sus oponentes dialécticos.

—No pretenderá usted que ayude a ese fascista a volver al poder.

—Sí, señor, eso es lo que queremos yo y mi gobierno. Es el mal menor. Uno se alía con el mismo diablo si quiere ganar, lo dijo el mismo Churchill. De hecho, Franco nos está esperando en Washington. Parece que John Edgar Hoover, el director del FBI, y él han hecho buenas migas. Es su protegido. Tienen muchas cosas en común, ya lo verá. Por otra parte no me diga que esto no tiene cierta justicia poética. Usted, una de las personas que más motivos tienen para odiar a ese hombre, sería el principal causante de su retorno al poder. Ya se ha comprometido por escrito en instaurar un gobierno de unidad nacional mientras dure la guerra, permitiéndonos desembarcar y usar España como plataforma para reconquistar Europa. El Rey Jorge, el general De Gaulle y el resto de gobiernos democráticos en el exilio han dado su visto bueno, así como mi presi-

dente. O sea, que usted dirá. ¿Dejamos sin esperanza todo por lo que usted ha luchado a lo largo de su vida por su repugnancia a ser pragmático, o va usted a colaborar conmigo, con Mera y con Franco para que la democracia retorne a su país y a todo el viejo continente?

—Usted no conoce a Franco. Lo mismo le da firmar una cosa y luego hacer otra completamente diferente.

—El que no lo conoce es usted. Franco hará lo que sea con tal de volver a detentar el poder. Quiere ser el responsable de salvar a su patria y que todos lo vean como héroe. Se cree un De Gaulle español. He hablado con él y sé lo que digo. Asegurándole un cargo vitalicio de presidente de la república, como una especie de reina madre, lo tendremos comiendo de nuestra mano. Por cierto, aunque sé que no le importará, la casa real española también se ha mostrado conforme. Ya ve, republicanos, monárquicos, líderes mundiales, todos coinciden en este plan.

—Oiga, Bill —dijo el comandante en un último intento de aferrarse a una salida—, ¿Mera sabe todo esto?

—No solo lo sabe, sino que lo aprobó desde el primer momento. Es una persona práctica, Duran, acuérdesse de su intento de golpe de Estado con el coronel Casado al final de la guerra.

El español se levantó colocándose ante el ventanal. El exmarine de la cicatriz surgió de la oscuridad apuntando a Duran con una Thompson, desapareciendo al ver como Donovan decía que no con la cabeza. Sabía que Duran no iba a huir. Lo tenía atrapado. El español estaba pensando lo mismo. En su vida se había sentido tan solo, tan terriblemente solo y desvalido, en manos de un destino que volvía a reírse de él, manejándole como a una marioneta.

—Me cago en tu leche, Cipriano. Me cago en tu leche y en todos tus muertos. Me cago en el anarquismo, en la solidari-

dad y en la puta democracia. Me cago en todo y me cago en mi pena negra.

Donovan se levantó y, poniendo paternalmente una mano encima del hombro del español, dijo «Entonces, ¿será que sí?». Duran se volvió con la expresión del cordero que llevan al matadero. «¿Qué quiere usted que sea?». Los dos se estrecharon la mano y el comandante notó que el yanqui le oprimía de cierta manera con el pulgar. Hay que joderse, este cabrón es masón, como yo. Lo que faltaba.

Donovan rio suavemente. Esa era una carta que no había querido jugar salvo en último extremo. Sin soltarle, se acercó a su oído.

—¿Cuál es la palabra sagrada?

—No sé leer ni escribir. Solo sé deletrear. Dadme la primera letra y yo os daré la segunda —replicó Duran repitiendo la clave aprendida hacía muchos años, desde que fue iniciado como aprendiz en su logia de Barcelona, sita en la popular calle Aviñó.

Fueron intercambiando en voz baja letra a letra esa palabra que sirve, junto al apretón de manos, como reconocimiento de todos los masones. Donovan le dio un triple abrazo y, cogiéndolo por los hombros, lo miró con una calidez que hasta entonces no había exhibido.

—Bienvenido a la OSS, hermano coronel. Porque ese va a ser tu rango militar a partir de ahora.